

das? ¿La actitud de París de donde se recibían á cada momento noticias más alarmantes, podía dejar de enardecerles?

París tan pronto supo que Necker se retiraba y lo que el rey había resuelto leer en la Sesión real ardió por sus cuatro costados. Los clubs del Palais Royal hablaron ya de reunirse y marchar á Versailles. Los banqueros corrían á las cajas á cambiar sus billetes por dinero. Sin Necker todo era perdido, así se apresuraron á enviar un diputado de su seno á Versailles para prevenir tan funesta resolución. Por su parte las asambleas electorales creyeron que tenían derecho á reunirse para resolver sobre las circunstancias.

Interin en Versailles la nobleza en cuerpo se dirigía á casa del conde de Artois á felicitarle, significando así la posición del conde. El de Provenza, siempre político y tímido, se negó á recibirla, pasando luego á palacio á ver á la reina, la que se presentó con su hija mayor de la mano y con el pequeño en brazos á parodiar á su madre, diciéndola á la nobleza que les entrega á sus hijos y que enseñaría á éstos á ver en ella el más firme sostén de su trono. El entusiasmo, el frenesí de la victoria había llegado á su colmo, cuando llega á palacio la noticia de los acuerdos de la Asamblea nacional y todos aquéllos que tan exaltados estaban cayeron en un «estúpido estupor,» según expresión de Ferrieres. En efecto, acababan de ver como se elevaba ante ellos un poder que había osado también declararse inviolable.

Al mismo tiempo llegaban á las habitaciones de Versailles los gritos de la multitud que aclamaba á Necker, y el tumulto íbase haciendo cada vez tan grande que ya parecía aquello una revolución. Y hé aquí que los atrevidos se hicieron prudentes. La reina se asustó y pidió que se llamara á Necker; los cortesanos se dispersaron, y el arzobispo de París tuvo la fortuna aquel día de tener á mano la iglesia de San Luís, pues de lo contrario, mal lo hubiera pasado. En fin, Necker aparece en palacio, cede á las instancias de los reyes y continúa en su puesto, y la calma reina por fin al cerrar la noche del famoso 23 de Junio. ¿Quién había sido el vencedor?

Viene el día siguiente y la sala de la Asamblea

nacional aparece convertida en un cuartel. Las tropas ocupan todas sus puertas y pasillos, pero entre éstos hay quienes señalan á Bailly otras comunicaciones por las que podrá entenderse con las demás cámaras. En efecto, por estas comunicaciones aparece el clero y cuarenta y siete diputados de la nobleza con el duque de Orleans al frente. «Lafayette y otros nada sospechosos,—dice Ferrieres,—continúan con la mayoría para expiar sus actos y advertir á sus enemigos. La verdad es que Lafayette siempre pacato se consideraba ligero por el mandato de sus electores.

¿Pero se iba á continuar así indefinidamente? En todas partes se perdía la paciencia, y los motines aparecieron por fin en la calle. ¿El arzobispo de París no era el jefe del clero, el que mantenía la intransigencia? Pues á él, y en efecto, en medio de las amenazas más severas salió á una ventana de su casa ofreciendo al pueblo asistir á la Asamblea nacional, y cumplió su palabra considerándose obligado, aún cuando los prelados liberales le absolvían de ello. El arzobispo, pues, decidió á los demás, pero ya antes de este día varios obispos se habían unido á los comunes, entre otros el de Autun, es decir, Tayllerand-Perigord.

¿Qué podía hacer al rey en vista de esta actitud? ¿Resignarse abdicar, someterse? ¿Resistir? Para resistir era necesario disponer la fuerza, y á esto se atendió desde luego. Pero para asegurar el golpe era necesario distraer la atención, así sin que nadie lo presintiera, aún cuando Necker se atribuyó la gloria del hecho, Luís XVI dió orden al clero y á la nobleza para que se juntaran con los comunes á fin de evitar mayores daños. El clero obedeció pero no la nobleza que resistió cuanto pudo, cediendo al fin á las reiteradas instancias del rey, ó mejor aún á un billete del conde de Artois, en el que éste le decía que aquella reunión era necesaria para salvar la vida del rey. El día 27 de Junio, cuatro días después de haber declarado solemnemente el rey Luís XVI necesaria y esencial á la monarquía la separación de las órdenes, éstas se confundían en un solo cuerpo; la Asamblea nacional existía, pues, reconocida é inviolable.



## CAPITULO III

### LA REVOLUCIÓN DE JULIO

Resuelve dar la corte un golpe de Estado.—Descubre el plan la Asamblea nacional.—Cómo apreciaba el gobernador Morris la situación política de Francia.—Actitud de la derecha de la Asamblea.—Preparativos del golpe de Estado: revelaciones de Ferrieres, Montlosier, Necker y Droz.—En qué sentido hubo la conspiración de la Asamblea.—Mirabeau y Malouet.—Conspiración orleanista: Sillery.—Actitud de la fuerza pública: opinión de Morris.—Chenier: cómo se trabajaba el ejército.—Trabajos de los orleanistas.—Marat denuncia la concentración de tropas.—Los guardias franceses.—Cómo produjo el gobierno el descontento entre los guardias: medidas impolíticas que tomó.—Carácter de la indisciplina de los guardias: debilidad de la represión.—Tardía energía, sus resultados.—Liberta el pueblo los soldados presos.—Actitud de la fuerza pública con este motivo: simpatiza con el pueblo.—Carácter de este alboroto.—Se acude á la Asamblea nacional para que ampare á los guardias libertados.—Actitud impolítica del Centro.—Habilidad de la izquierda: proposición Target.—Se acude al rey y éste transige la cuestión de disciplina.—Cómo se resolvió.—Consecuencias que se desprenden del temperamento adoptado.—Los guardias de Corps.—Cómo juzga la situación política Morris en 1.º de Julio.—Cómo la juzga el 5 de Julio lord Auckland.—Mirabeau pide explicaciones sobre la concentración de las tropas.—Sesión del 8 de Julio.—Pídese al rey que se retiren las tropas extranjeras.—Extraña é impolítica respuesta del rey del 11 de Julio.—Luís XVI destituye á Necker.—Cómo se retiró éste á su casa: caballería y patriotismo de Necker.—Ministerio del golpe de Estado.—Acuerda crear cien millones de papel moneda.—Su incapacidad política.—Cómo recibió París la destitución de Necker.—Camilo Desmoulin llama al pueblo á las armas.—Primeros encuentros en las calles de París durante el día 12.—Los guardias franceses se ponen al lado del pueblo.—Retranse á sus cuarteles las tropas extranjeras.—Se arma al pueblo.—Thouriot propone la toma de la Bastilla.—Cómo se defendieron los de la Bastilla: inútil derramamiento de sangre.—Exasperación del pueblo.—Actitud de los defensores de la Bastilla: resuelve su gobernador volarla.—Detienen los inválidos.—Se rinde la Bastilla.—Es asesinado su gobernador junto con algunos soldados.—Heróica defensa que de ellos hizo el sargento de los guardias, Hullin.—Actitud de la Asamblea durante los días 12, 13 y 14 de Julio.—Nombra vicepresidente á Lafayette.—Gregorie propone que se renueve el juramento en el juego de pelota.—Enérgica actitud del centro: Mounier y Clermont-Tonnerre.—Renúvase la petición de que se aleje á las tropas extranjeras y se arme la milicia burguesa.—Desabrida respuesta del rey.—Proposición de Lafayette pidiendo que se declare la responsabilidad de los ministros y de los consejeros del rey quienes quiera que fuesen.—Declárase la Asamblea en sesión permanente.—Vacilación é incapacidad del gobierno durante las perturbaciones de París.—La Asamblea nacional aprueba lo que se ha hecho en París.—Cede amedrantada la corte.—Envía la Asamblea nacional una comisión de su seno á París.—Lafayette comandante de la guardia nacional.—Bailly alcalde de París.—Humillase el rey delante de la Asamblea.—Piden Lafayette y Bailly que el rey vaya á París.—La corte acoge con espanto su proposición.—Cede el rey: preparativos de viaje: hace su testamento y recibe los sacramentos.—Fúganse de Francia el conde de Artois, los Polignac, los Condé y otros.—Abandonan los ultras al rey.—Menguada actitud del rey en París.—La escarapela tricolor.—Su significación política.



UE necesario para vencer la repugnancia de los ultras revelarles el nuevo plan de la corte; éste estaba reducido á dar un golpe de Estado cuanto más pronto mejor, golpe

de Estado que debía desembarazar á la corte, lo mismo de la Asamblea nacional, que de Necker y de todos sus amigos, pero esto no se llevó tan secreto que más ó menos no lo traslucieran los que en

la misma corte expiaban la reacción, y el Tercer estado advertido á tiempo se puso desde el primer momento en situación para poder batirse con la corte, sin dejarse impresionar por esto por los regimientos que iban llegando unos tras otro á Versalles ó á sus cercanías; si el gobierno oculto hubiese tenido sobre la solidez, disciplina y fidelidad de las tropas las mismas ideas que Necker es seguro que las hubiera dejado en sus acantonamientos, lejos de la capital y de Versalles, desde donde parecían una fuerza y una garantía del orden y de la monarquía. Pero el gobierno oculto opinaba todo lo contrario y llevó esa única fuerza capaz de contener la anarquía á la voragine revolucionaria que se lo había de engullir todo.

Hemos visto al gobernador Morris, al embajador de los Estados Unidos apreciar con toda la imparcialidad de un extranjero la situación política de Francia, y esta apreciación la hemos visto tan benévola, que hasta habrá parecido extraña en la pluma de un republicano. Pues acudamos nuevamente á Morris ya que nos hemos propuesto explicar la revolución por sus contemporáneos, pues por lo mismo que hemos llegado al momento crítico, al momento en que la fuerza va á pasar al lado de la revolución, hemos de ver claro quienes fueron los que provocaron la revolución de Julio, y á quienes hay que cargar la responsabilidad de no haber dejado para las reformas por todos apetecidas, y tan necesarias para la salud de Francia, más salida, que las puertas de la revolución.

Morris, como nosotros, reconoce y le dice á su amigo Carmichael, que el rey se había declarado en un principio por el pueblo, pero que luego tergiversó. Reconoce, como nosotros, que era un hombre honrado y deseoso de hacer el bien; y, como nosotros, confiesa que ese rey no había recibido ni la educación necesaria para alcanzarlo, ni el genio necesario para conseguirlo. Conocemos ya el rey: ahora pidámosle al mismo Morris el retrato de la reina y de su camarilla. «La reina, odiada y humillada está llena de resentimientos, disimula é intriga para salvar algunos restos del poder, y compromete todo lo que emprende. El conde de Artois, detestado como ella, hombre de cortos alcances, se agita mucho pero no sabe escoger ni sus consejos, ni aconsejar á los otros.» Los nobles, la fuerza de la situación, «no saben,—dice Morris,—más que oponer su orgullo á sus agresores;» y respecto á Necker nos dice que lejos de ser, como le acusa la corte la causa de su desgracia, no ha sido mas que el instrumento de la misma, y reconoce que toda la popula-

ridad de que aún goza, lo debe exclusivamente al odio que por él siente la corte. Morris termina su epístola á Jay, diciéndole que cree necesaria la caída de Necker. De modo que en esto coincidían el gobernador Morris y la corte, sólo que mientras la corte quiere la caída de Necker para volver al antiguo régimen, Morris la desea para que venga otro hombre á realizar lo que él no ha sabido hacer, esto es, para que dote á 20 millones de sus compatriotas de una Constitución. Lo que no dice Morris es, quien estaba en condiciones de llevar á cabo la obra que se malogró, ya sabemos cómo, en manos de Necker. Veamos si este hombre se da á conocer en la Asamblea nacional ó constituyente.

Bailly iba á terminar su presidencia mensual, y la cámara y el Tercer estado comprendía que era necesario un presidente que no recordara la humillación de nadie, pues, aún cuando el bueno de Bailly era incapaz de ofender á nadie, su sola cualidad de burgués, de miembro puro y neto del Tercer estado, significaba el triunfo de éste y la humillación de las clases privilegiadas. Así, se le dió por sucesor al obispo Lefranc de Pompignan el jefe de los patriotas de Tolosa, pero esta elección, aún cuando presentada, no bastó á desarmar á los ultras que estuvieron más que inconvenientes en las últimas sesiones de Junio, pues no tomaban asiento en sus puestos, y hasta afectaban serles indiferentes los debates de la Asamblea, en lo que indudablemente había, esta es nuestra opinión, tantas ganas de mortificar á Bailly, manifestándole que no querían dejarse presidir por él, como convicción profunda y mal disimulada de que todo aquello había de acabar pronto. Esto nos dice que es necesario que abandonemos á la Asamblea Constituyente, para acudir á los sitios en donde se forjan el rayo revolucionario y las cadenas de la reacción.

La concentración de tropas en número de cincuenta mil hombres en pocos días al mando del mariscal de Broglie, el apresuramiento que en esto se ponía, hizo creer desde el primer momento que la corte estaba dispuesta, es decir, más pronto de lo que realmente lo estaba para su golpe de Estado. Esta convicción que tenía profundas raíces y apariencias sólidas, hubo de producir en los que se sentían con bríos para desafiar una reacción que de triunfar hubiera sido implacable, á buscar en donde quiera que estuvieran los elementos de resistencia.

Pero nosotros damos por exacta la resolución de la corte de dar un golpe de Estado destinado á disolver la Asamblea Constituyente y volver al antiguo régimen y debemos probarlo, para que

quede justificada la actitud y resolución de los que no querían dejarse disolver. El marqués de Ferrières, dice en sus *Memorias*, que la corte desde el mismo día 23 de Junio, convencida de que había dado un paso en falso, principió sus trabajos para disolver la Asamblea por medio de la fuerza. Montlosier en las suyas repitió lo mismo, y dice que se quería volver al régimen de los parlamentos y de los mandamientos de prisión, y que llamado un día á un corro de oficiales por el conde de Espinhal y en el que estaba presente el de Autichamp, éstos le dijeron que iban á arrojar la *pretentaille* de los *Estados generales* por la ventana; Necker, dice en su *Historia de la revolución francesa* «que él mismo tuvo conocimiento de la concentración de las tropas cuando ya no fué posible ocultarlo á nadie,» y Necker en su afán de disculpar de todo á su adorado rey, llega hasta á decir «que todo se hizo sin conocimiento de éste.» Droz, el anti-revolucionario que aunque joven, vió los sucesos desarrollarse á su vista, contestó por adelantado á los que aún hoy se empeñan en negar el golpe de Estado «que hay mucha ignorancia ó mucha mala fe al sostener que las tropas se habían reunido para garantía del orden público.»

La conspiración de la corte hecha pública, nos toca responder ahora á los que hablan de la conspiración de la Asamblea. Esta conspiración no existió sino se quiere reconocer como á tal la suma de los trabajos de los que querían resistir á todo trance á la corte. Estos hombres, cuyos nombres no conocemos, y cuyos jefes podemos sólo entrever, no merecen el nombre de conspiradores, y no puede decirse de ellos que recurrieran al silencio y al misterio. Mirabeau que había de denunciar la conspiración de la corte en sesión pública, decía en los pasillos de los Estados y fuera de ellos, que él no se dejaría arrollar por la reacción, y qué más natural que los diputados escribieran alarmados á sus comitentes ante las amenazas de la corte? Malouet mismo, protesta contra los que hablan de una conspiración de la Asamblea ó de una fracción de ella, la revolución de Julio es el resultado «de medidas muy poco meditadas por parte de la corte, la reunión de tropas cerca de la capital, la caída de ministros que habían abrazado el partido popular, esto es lo que ocasionó la revolución de Julio; la nación entera se encontró pronta á defender sus representantes que creyó amenazados.»

Si conspiración hubo, fué la de los amigos del duque de Orleans, quienes convencidos de que Luís XVI no podía con la debilidad de su carac-

ter continuar gobernando sin peligro de la monarquía, estudiaron el medio de llegar á obtener su abdicación y la proclamación del duque de Orleans como regente del reino durante la menor edad de Luís XVII. Esta es la conspiración del marqués de Sillery en la que entró Mirabeau y que nos ha revelado Mounier por haberle hablado de ella el diputado por Aix y Marsella, pero que no tomó cuerpo por no hallar eco en la Asamblea.

Como sucede, pues, cuando los poderes se descomponen, la conspiración es pública, permanente, y los conspiradores son todo el mundo.

El mismo día en que Morris escribía que no «creía que el mariscal de Broglie pudiera arrastrar sus soldados contra el pueblo, esta unión del pueblo y del ejército era un hecho público.

Habíase en efecto trabajado el ejército, pero el ejército se había trabajado como lo había hecho el caballero Luís Salvador de Chenier, que aún se llamaba oficial del regimiento de Bassigny, quien ya en Abril de 1789 vendió sus objetos más preciosos, empeñó sus libros y con las 4.873 libras que reunió, se dió á festejar y regalar á los soldados del regimiento de guardias franceses que daba guarnición en Versalles y París y que eran de su conocimiento, empleando en ello hasta su mismo sueldo. El duque de Orleans, el mismo Chamfort, que dió las economías de veinte años,—¡mil escudos!—emplearon también su dinero en captar amigos para la causa liberal, pues no se trataba, y no se olvide nunca, de otra cosa más que de convertir en monarquía constitucional la monarquía absolutista y despótica de Luís XVI. Ahora bien, trabajos de esta índole no tenían porque encerrarse en el molde misterioso de una conspiración, y por esto el oficial gentil-hombre Chenier, en pleno mes de Junio publicó un folleto dedicado á Mirabeau *sobre las disposiciones naturales, necesarias é indubitables de los oficiales y soldados franceses*, que es un verdadero llamamiento á la insurrección, pero á la insurrección contra los que querían continuar imponiendo por medio de esos soldados y oficiales franceses el antiguo régimen en Francia. Esto dicho, puede juzgarse del efecto que causarían las apasionadas declamaciones de Marat en su *Aviso al pueblo* publicado el 1.º de Julio, denunciando al pueblo parisién la concentración de los sesenta mil hombres destinados á disolver la Asamblea nacional.»

La mina, pues, estaba cargada, y era loca imprudencia encender la mecha que podía hacerla volar, y á esa mecha prendió fuego el gobierno de la manera más incomprensible que darse pueda,